

COLECCIÓN
ILUMINACIONES
POESÍA



LA PIEZA DE LOS CHICOS



SILVIO MATTONI



Silvio Mattoni

La pieza de los chicos. - 1a ed. - Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2013.
72 p. ; 20x14 cm. (Iluminaciones / Liliana Díaz Mindurry)

ISBN 978-987-1610-82-2

1. Poesía. I. Título

CDD 861

Queda hecho el depósito que marca la Ley 1172
JULIO 2013

Contacto con la autor: Silviomattoni@yahoo.com.ar

Diseño de tapa: *Florencia Biondo*

Imagen de tapa: Eric Von Eberan, *Sin título*, Acrílico sobre tela, 2010.

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

SILVIO MATTONI

LA PIEZA DE LOS CHICOS

-POESÍA-

COLECCIÓN ILUMINACIONES

ediciones ruinas circulares

Silvio Mattoni: la poesía es la belleza del mundo

Silvio Mattoni es uno de los representantes más significativos de la poesía de los '90. Conjuga el *sermo rusticus* con el *sermo lirico*, sin que haya fricción o conflicto que marque una diferencia entre ambos espacios del decir. Por el contrario, la expresión cotidiana potencia la condición poética y así se presenta como tema del *dictum*.

El deseo, lo insólito, la incertidumbre, lo que vendrá, puede ser motivo del poema. Aquello que ha de suceder en el plano de lo cotidiano, revitaliza una suma de lecturas que reescriben y atraviesan el espacio poético. De esta manera, la tradición clásica y las lecturas modernas enriquecen la reflexión de aquello que llamamos realidad, haciendo surgir preguntas retóricas que a veces indagan en lo visto, lo interpretan, y otras veces lo cuestionan.

El poema está dirigido a un *tú*, ya que la observación de la *otredad* produce el discurso poético. Pero siempre este discurso será íntimo, interior, debido a la expresión de lo emocional que se encuentra limitada por el vínculo, y por su necesaria voluntad de verdad, propia del mundo antiguo. Pero también es preciso destacar que la mirada sobre *el otro* es subjetiva y que lo descrito es una construcción deliberada que responde al propio interés sobre la vida. Porque en gran medida, **Mattoni** cuando lee la realidad, se lee a sí mismo y de esta manera reescribe lo que contempla. Este sea tal vez el procedimiento más característico de su universo poético.

La poesía de **Silvio Mattoni** nombra la realidad que observa desde una necesidad imperiosa de autenticidad. Aquello que ve es motivo de reflexión y potenciación de ideas, realizando un camino que va desde el hecho más cotidiano hasta su condición de trascendental, acompañado de la dimensión emocional. Por estas razones, estamos ante una poesía luminosa y bella, clara y certera. Y quien lea esta poesía, leerá una versión de la vida, posible, humana, sensorial y sensible.

Enrique Solinas

Cinco días

Faltan cinco días para que vengas.
¿Qué serás? ¿Leerás sonriendo este verso
que no termina? Tus hermanas sostienen
las libretas donde una vida entera
ya se empezó a escribir. Y cambiarás
letra por letra hasta tu nombre nuevo
para vos. Aunque venga del fondo
de infinitas memorias desaparecidas
que se llamaron igual. Gimotean
de impaciencia las parvas de franciscas,
francescas, margaritas, daisys,
margheritas, françoises, que quieren verte
y compartir el aire en el susurro
agudísimo de un trío. Jugar
se vuelve un tú en falsete ultraligero
que suena a trino. Cantan para vos.
Yo quisiera sumarme a tantas voces;
sé que podrás entender mi silencio.

Bebé dormida

Oigo el canto de pájaros borrachos
en la tórrida siesta. ¿Qué me ata
a la pieza donde inclino mi cuerpo
y mancho la blancura del papel
indefenso? Podría ser la niña
que duerme custodiada por un guardia.
No intento una sonrisa hasta que veo
esos ojos rasgados y sin foco:
el gesto tiene un cúmulo de instantes
y de palabras que no están en ella.
Si quisiera escaparme de mi ruido,
¿hallaré tu silencio? Está temblando
mi sombra azul al ver
tenues dedos prensiles en el pecho
colmado de humor blanco, receloso.
¿Me resisto a escribir en esas aguas
para labios sedientos de otro oxígeno
cuando mi cuerpo no lo necesite?
Un hilo de su nombre trae un mensaje
en nudos sólo al tacto perceptibles.
Estiro el brazo, mi mano roza blandas
superficies de piel. En un gemido
siento canciones de países nuevos
y aún desconocidos. ¿Cuándo esa voz
me llevará guiado por tus notas
hasta una risa de ninfas perpetuas?

Bautismo

Si creyéramos en dioses, dirías
que la fluorescencia de los escorpiones
sólo les sirve para que los biólogos
puedan cazarlos en la noche oscura.
Pero aquí estamos sin ninguna fe
bajo el techo barroco de la iglesia
y hasta el oro envejecido se opaca
para confirmar la muerte. ¿Podrán
unas palabras apenas, en un punto
dichas, en este cuerpo que algún día
ya no estará, decir, salvar
la vida de la niñita que duerme
ahora que parodiamos viejos ritos?
Pero a ella no le importa lo que somos,
lo que no queremos, le alcanza y sobra
el sueño y la comida. El futuro
no nos pertenece, aunque a la nada
pidamos una hebra afirmativa,
un hilo rojo en el vestido blanco.
Si habláramos, con suerte te diría
que hay otra fluorescencia en la que creen
las niñitas impávidas, la luz
de Campanita que existe únicamente
por la fidelidad. ¿Cómo empezar
a olvidar que este cuerpo sin palabras
será de la vejez y del vacío?
Ay, hermano, la cola del alacrán
me atraviesa el plexo. Nunca veremos
su cara de abuela. Pero el fulgor
es uno solo, y el veneno del bicho
circula en las nervaduras del hada
como esa eternidad que no deseamos.

Hijas

¿A quién imita caminando así,
con las piernas abiertas y la vista
al frente? Dice que es un varón
armado, aunque el bucle le azota
su pequeña espalda. La hermana
mayor interrumpe mi concentrado
interés de público y me pregunta
qué son los genes. “¿Los genes?
Y... son como una cadena donde
se escribe cómo sos... están
adentro de las células... que son
partes de vos, adentro tuyo, en todo
tu cuerpo...” Y ella suspende un instante
su asombro de cejas perfectas y dice:
“Ah, ya sé, como lo que te ponen
con las inyecciones.” ¿Para qué
explicar secretos que apenas entiendo,
si la otra sonrío con las puntas
felinas de los colmillos que mi hermano
tenía de chico? Pero la forma de una cara
esconde menos que un fugaz capricho
tapado por el olvido: su negativa
absoluta a usar vestidos; tres años
y una decisión inamovible. La genética
tampoco seca el llanto de su hermana
sobre los rulos cortados de la menor
de las tres. “Queda fea”, solloza.
Una lección de estética. ¿La aprenderá?
¿Aprenderé su estilo de llorar?
¿Sabré captar la valentía y la gracia
en los andares decididos
de la que quiere ser un héroe
y salvar a su padre?

Discusión

Dejá que vuelva atrás, hacia tu tiempo,
cuando eras la única niña en la casa
y te reíste mirando las hiedras
coloridas del piso. Corrías, libre al fin
de los departamentos, techos bajos
para tus charlas de notas agudas:
“soy la primera sentada en la mesa,
pero ya vienen más, ya vienen otras
a disputar las huellas del instante”.
Así escuchaste, recibiste todo
con alegría. Hasta perder sentido
tus lágrimas no ablandan la protesta
-¿estás enamorada del amor
materno?- caída boca abajo
sobre la cama. ¡Qué rápido empezaste
a observar la memoria, a combatir
con lo que no serás! Vamos, Francisca,
¿buscaste lo que siempre estará unido
abajo, al fondo, en la pileta tibia
brillando sobre tu cuerpo invencible?

Un acto

¿Queda algo en el mundo todavía para seguir mirando el espectáculo de los que vienen? Pero no son así las caras del futuro que ya imitan profesiones abyectas o figuras de un mito histórico, supersticiones atesoradas para infantilizar a los niños alucinados. Allá está, con su gorro de duende, Margarita, que enfermándose cae, y su amiga, que a veces es su hija y hoy su madre, trata de curarla. ¿Qué pensarán las jóvenes maestras con sus raras alegorías de ocasión? Ahí llega Francisca con su pandereta plástica y pollerita verde. Va a bailar la tarantela. Atrás los del pasado: dudosos próceres, dudosos inmigrantes. Y al final la apoteosis de una dicha que nadie cree. Entonces ocurrió, se quebró una barrera, la ironía hacía un cuenco con las manos y tomaba lágrimas antes de dejarme solo. Imaginé a mi abuelo contemplando la pantomima del viaje, y escuché una canción napolitana. De repente mis pensamientos se mezclaban con los de su fantasma: ¿fui el papel mojado de témperas infantiles donde el color del cedro aparecía por detrás del tomate, el vino rojos? ¿O aquel celeste que entumece el aire recibía algo negro y más intenso?

Sangre que corre hacia la inexistencia.
Birome que no escribe lo que pasa
por la potencia de sus piernas ágiles
cruzando el patio helado del colegio.

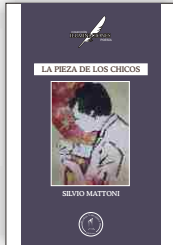
La espera

Una nenita de siete años espera
a más de media docena de amigas
para tomar el té. Imitan una
costumbre antigua: el entretenimiento
reproduce modelos del pasado.
La madre ansiosa preparó la mesa,
le dio el permiso y el estímulo, fueron
juntas a comprar galletas, gaseosas,
prepararon juegos que un rumor festivo
transmite de madres a hijas, de abuelas
a nietas... El timbre no suena.
Pasa media hora y no viene ninguna,
¡ni una sola de sus amadas
compañeras de escuela! Nadie irá
a visitarla. Cada padre
habrá transpirado, leído apenas
el mensaje en la tarjeta, habrá
suspirado de alivio al escuchar
la decisión: “Queda muy lejos
y tenemos que ir a...” Suena el teléfono,
oigo un reclamo en la voz de la madre
que pregunta si mi hija... “No,
se fue a...” Tras la cortesía
de la madre se escondía el gemido
de la nena, sola. Y así creamos
un llanto que no conoceremos. Yo,
por no llevarte, Francisca, hice correr
un hilo más de angustia. Tu presencia
habría sido una fiesta. El hueco
se abre un paso furtivo en la memoria:
“cuando era un chico fui
el que esperaba en vano la llegada
de esos pocos que serían todos”.

Me siento mal como si fuera ella,
sin amigos, perdido, y aferrado
a los brazos familiares que no
me harán reír. La más leve
conmoción que se vuelve irremediable
y el sufrimiento que no tiene culpa.
Días, noches, nada la hará olvidar
su espera inútil. Ay, Francisca,
si a vos te pasara, nunca sería un consuelo
adivinar el poema que escribe el abandono,
la desolación. Pero estamos
entregados al capricho y no existe
una reunión que sea definitiva.

Entusiasmo

Camina en su andador, contempla al lobo
que tensa la cadena para oler
su piel de nieve. Ahora parpadea
sorprendida por la lengua mojada,
y el rabo del gran perro se sacude
a la misma velocidad
que las pestañas de la nena.
Ahí está el animal, acá las plantas
que brillan verdes contra las paredes
casi azules del patio. Llámenla,
que ella aprese las hojas suspendidas
en la fábrica de aires luminosos.
¿Qué tratás de decirme con tus sílabas
que no son naturales ni aprendidas?
Pasos, leves agitaciones, mueven
las ruedas de tu artefacto infantil.
¿Cuándo aprenderemos a caminar?
Mi cuerpo se ha olvidado de su ritmo;
y en tu sonrisa rápida de encías
nuevas, en tu ascensión vertiginosa,
de pronto siento que un reflejo extraño
me da risa y los once pies de un verso.
Son los tuyos que el tiempo multiplica,
no los míos que ya cortan camino.
Aié, aié, tatá, Baco, aié,
mordeme con tu líquido de frutas
y que mi atención sea la de ella
dulcemente extraviada en canto intenso.



Pasé años revisitando *Lisbon Revisited* (1923), y traduciéndome *se têm a verdade guardem-na* como si apenas pidiese “cállela” y, recién a propósito de los libros de Mattoni, se me ocurre que Pessoa eligió la función “guardar” sin desactivar los referentes *honrar, preservar, venerar, atesorar y santificar* que hasta nuestro español automatizado vuelve a la mente cuando los catequistas hablan de “fiestas de guardar”.

Las verdades que Mattoni *guarda* preceden al poema. Esto, lo último que un autor preferiría que se dijese de su obra, es lo primero que me interesa en ella. Pero no se trata de una poesía “al servicio”, o “por encargo”, ni muestra urgencia por exhibir una postura ni intención de promover una representación original de la poesía y del mundo. Pienso que por su voz y la sorpresa y el encanto que consigue, Mattoni es *uno entre muchos*, pero que con sus condiciones y sus destrezas adquiridas hace algo que lo vuelve único, indispensable.

Todo esto es disputable y, por tanto consenso alrededor de Giannuzzi, Gelman, Lamborghini y Carrera, esta disputa sólo puede animarse exponiendo sus términos en simulacros de lecturas de Ananía entre los viejos, y de Durand, Gambarotta y Mattoni entre los de post-guerra. Entre ellos, Mattoni tiene el privilegio de conocer y haber dado a conocer desde el comienzo cuál sería su juego.

Fogwill

